

Experiencias de los primeros tiempos

Las primeras compañeras de Chiara nos cuentan

La gente nos veía felices

En enero de 1985, algunas gen4 le preguntaron a Dori, una de las primeras compañeras de Chiara: «Queridísima Dori, (...) sabemos que tú, hace muchos, muchos años, juntamente con Chiara y sus primeras compañeras ayudaban a las personas necesitadas. La gente de Trento decía que ustedes eran como los primeros cristianos. Como nosotras somos gen4 y queremos vivir como ustedes, ¿podrías contarnos algo sobre esto?»

Y Dori respondió así:

« Sí, nosotras, aquel pequeño grupo de chicas alrededor de Chiara en Trento, nos amábamos muchísimo, mucho más que si fuéramos hermanas.

Habíamos dado o vendido todo lo que no nos hacía falta directamente, para darlo a los pobres, también el bolígrafo, también el espejito del bolso, o algún anillo.

Si teníamos sólo una pera, se repartía en dos o tres trozos.

Las alarmas continuas nos advertían del peligro de los bombardeos y nos obligaban a estar horas y horas en los refugios.



Allí nos poníamos en un rincón, de pie o sentadas en el suelo, para escuchar a Chiara que nos hablaba de Jesús, de los primeros cristianos, o nos leía una página del Evangelio. La gente nos veía felices y no entendía por qué estábamos contentas aunque pasábamos tantas horas allí dentro, sin tener nada que comer, con frío y humedad.

A veces, si teníamos un pedazo de pan o unas galletas, lo ofrecíamos a los que teníamos cerca, invitando también a los demás a unirse a nosotros y seguíamos hablando de los descubrimientos hechos en el Evangelio, del amor de Jesús por todos, también por la Magdalena que era una pecadora o por Zaqueo, que engañaba a la gente, o por Judas, que lo traicionaba.

Estábamos fascinadas por Jesús y por sus palabras y hablábamos de Él con tanto entusiasmo, que los que estaban cerca querían que siguiésemos contando. También había quien no entendía lo que decíamos y nos tomaba el pelo, entonces lo amábamos todavía más, le dejábamos el sitio más cómodo o le ofrecíamos lo más bonito o más bueno que teníamos y ya no decía nada más.

En casa, por la calle, en la escuela, nuestra alegría era contagiosa y si alguien estaba triste, sabíamos el secreto para consolarlo: bastaba amarlo. Lógico, para amarlo, había que olvidarse de que estábamos cansados, o quizás con una rodilla herida, o con dolor de muelas y sonreír a los demás y ayudarlos. Pero esto aumentaba aún más nuestra alegría, y el otro se sentía consolado, y decía: “¿Cómo logras tú estar tan contento?” “Nosotras hemos descubierto el Amor –respondíamos – y cuando nos amamos, Jesús está entre nosotras: el Amor. Él es nuestra felicidad”. Y seguíamos: “¡También la tuya! ¡Si quieres, ven con nosotros!”.

Así cada día había una chica nueva o una señora más para presentarle a Chiara y a las demás, y nuestro número crecía».



Había un gran amor entre todos

También Giosi estaba en Trento en aquel pequeño grupo de chicas alrededor de Chiara, hace muchos, muchos años.

"Quién sabe cuántas cosas recuerda Giosi de aquel tiempo!" pensamos. Así que fuimos a su casa para que nos las contara.

«Cuando teníamos que escapar a los refugios subterráneos porque los aviones bombardeaban la ciudad, yo no iba al refugio más cercano, sino que atravesaba corriendo la ciudad para ir al refugio donde estaban Chiara y sus compañeras.

Junto a Chiara, nos poníamos en un rincón y leíamos la historia de Jesús. Eran muy bonitas todas las palabras del Evangelio, pero las que nos parecían más bonitas eran las que Jesús había dicho la última noche antes de morir: "¡Ámense como yo los he amado!".

Jesús nos ama tanto que nos ha dado todo, todo, todo, incluso ha muerto por nosotros. Nosotros queríamos hacer también así.

Si una de nosotras veía por la calle a un pobre, se detenía enseguida y le preguntaba: "¿Necesitas algo?"

Si tenía hambre lo invitábamos a casa y repartíamos con él la comida.

Una vez, un pobre nos dijo: "Necesitaría un par de zapatos, ¿ven cómo están rotos los míos?" Le preguntamos qué número usaba, dónde vivía y le prometimos: "¡se los llevaremos, verá que los encontramos!"

Pero en la casita donde vivíamos con Chiara no teníamos zapatos de hombre.

Entonces, fuimos a una iglesia cercana y le dijimos a Jesús: "¡Te pedimos un par de zapatos número 42, para Ti, que estás en ese pobre!".

Al salir de la iglesia nos encontramos a una amiga que nos buscaba: "¿Les servirían por casualidad estos zapatos?"



Y piensen: ¡Eran precisamente de hombre y de la medida justa: número 42!



Pueden imaginarse nuestra felicidad y la del pobre, cuando se los llevamos.

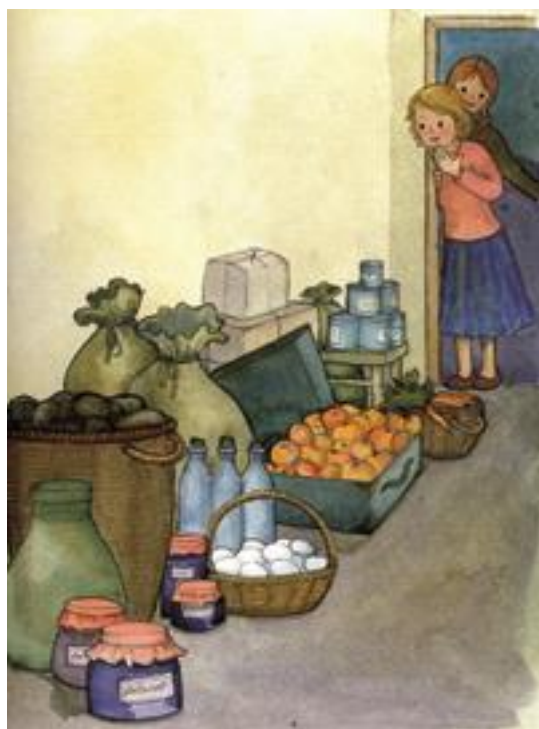
Y hechos así nos sucedieron muchísimos.

Un día, hubo otro bombardeo y mucha gente se quedó sin casa, sin vestidos, sin nada.

Una señorita llamó a nuestra puerta: Necesitamos con urgencia vestidos para esta gente que no tiene nada”.

Chiara entró en nuestra habitación, cogió una sábana, la tendió en el suelo y puso encima todo lo que nos quedaba todavía, haciendo un montón. Luego, cogiendo los vestidos uno a uno, dio a cada una sólo lo que necesitaba y todo el resto, atado con la sábana, se lo dio a esa señorita para los pobres.

Habíamos dado todo lo que había en casa. ¿Pero saben lo que sucedía? Nuestro pasillo se llenaba de sacos de harina y de patatas, nos traían huevos, verduras, ropa, zapatos, medicinas... cosas que en aquel tiempo de guerra era difícil encontrar.



¿Y saben quién nos daba estas cosas?

Eran las personas de Trento, que habían empezado a amar con nosotras. ¡Así, mientras más dábamos, más cosas nos mandaba Dios y podíamos dar todavía más!

También quien era pobre amaba y quería ayudarnos.

Como la abuela Ceserina. Nosotras íbamos a visitarla porque estaba sola y le dábamos dinero porque era pobre. Pero un día vino a vernos diciendo: “Miren, he visto que si tengo cuidado, si ahorro, al final de mes logro también yo dar esto”. Y con mucha alegría nos dio una monedita para que la diéramos a quien la necesitara más que ella.

Había un gran amor entre todos. Muchas personas de Trento, viéndonos, decían: “¡Cómo se aman! Son como los primeros cristianos”».

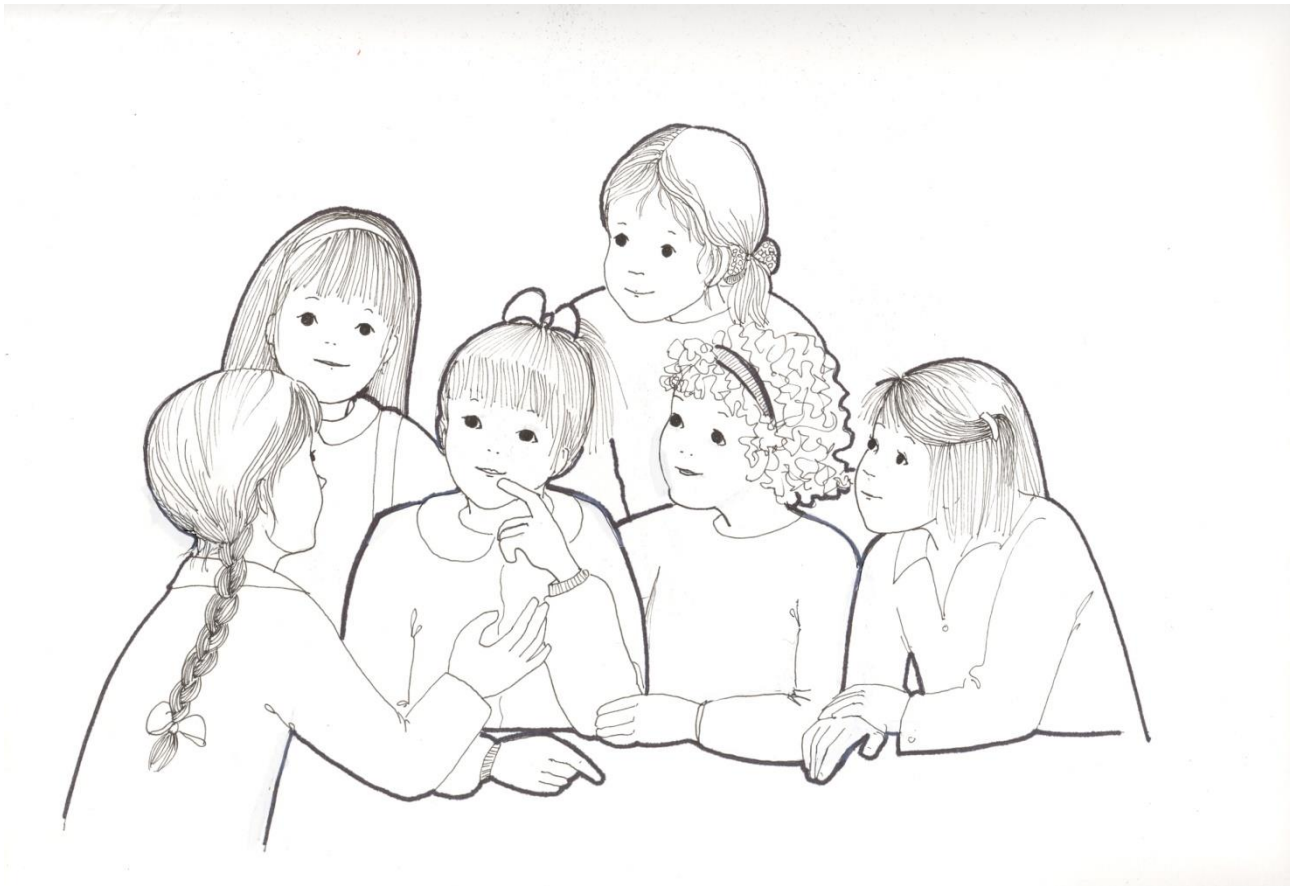
¡Era feliz! ¡Nunca nadie le dio tanto dinero!

Otra vez, Dori nos contó:

«Cada día iba a ver a Chiara, y ella me explicaba muchas cosas. Sobre todo, que ese gran Amor que había descubierto –Dios– estaba también entre nosotros, si nos amábamos como Jesús quería. Luego me enseñó a amar siempre, mucho, mucho, a cada persona que conocía o que me encontraba, empezando por mi madre, mi padre, luego, a mis compañeras, a los vecinos, a todos..., pero sobre todo a los que sufrían. Sentíamos que Dios nos amaba. Éramos felices, y queríamos dar a todos este gran amor, la felicidad que sentíamos por tener un Padre que nos amaba siempre, que nunca nos abandonaba.

Así es que le hablé de mi felicidad primero a mi mejor amiga: y también ella estaba contenta, y empezó a participar en las reuniones de las chicas para saber más (entonces no habían gen 4, pero eran como las gen 4).

Sin embargo, hablar de estas cosas podía ser fácil, pero amar a los demás como Jesús quería, era más difícil. Entonces, empecé a ayudar a mis compañeras de la escuela a hacer las tareas más difíciles, a explicarles los problemas de aritmética, y trataba de hacerlo con amor. Estaban contentas, y me preguntaban qué hacía para ser siempre tan buena y estudiosa.



Entonces les contaba también a ellas mi secreto: había entendido que Dios era Amor y que me amaba. Les contaba cómo Él me manifestaba su amor: de muchas maneras...

Así, mis amiguitas también empezaron a sentirse amadas por Dios y eran felices.

Por ejemplo, una mañana en la escuela, una compañera no tenía merienda y yo le di la mía. Cuando llegué a casa, encontré una tarta grande, grande, que nos habían regalado.

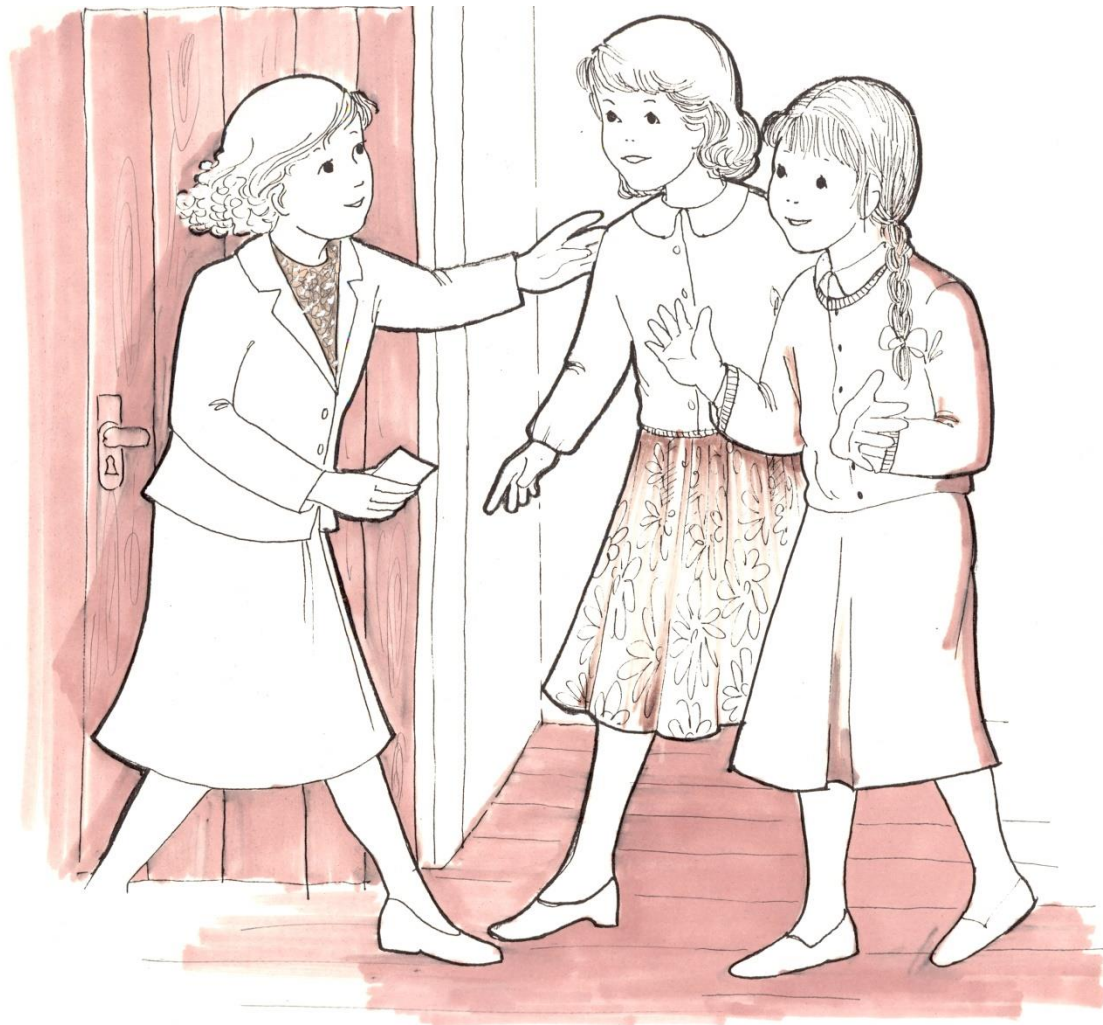
Otra vez, estaba en el focolar con Chiara. Llamaron a la puerta. Era una pobrecita que pedía dinero porque no sabía cómo hacer para pagar el alquiler de la casa.



Chiara fue a su habitación, le dijo a la señora que esperase un momento y me llamó. Abrió un cajón donde teníamos el dinero para comprar la comida... ¡sólo teníamos ese! Chiara me dijo: "¡Recemos juntas!". Ella decía la oración y yo la repetía. Decía: "¡Jesús, Tú estás en esa mujer que pide ayuda: nosotros le damos nuestro dinero, porque sabemos que Tú eres Amor, y piensas en nosotras!".

Luego salió y dio todo el dinero a la pobre, que estaba contentísima, porque nadie le había dado nunca tanto dinero de una vez!

Pero nosotras éramos aún más felices, porque habíamos amado a Jesús en ella.



Al rato llegó Natalia corriendo de la oficina y nos dijo que había recibido un dinero extra aparte del sueldo y había pensado que tal vez a Chiara le hacía falta enseguida: ¡era el doble de lo que le habíamos dado a aquella pobre mujer!

Éramos realmente felices, agradecimos a Jesús y le dijimos: “¡Tú nos das siempre más de lo que te damos!”».

Era Jesús quien se escondía en ellos

También Aletta, otra compañera de Chiara, nos contó algunas cosas:

«En Plaza Cappuccini Chiara nos contaba muchas cosas: las sacaba del Evangelio.

En el Evangelio, Jesús había dicho: “Tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; estaba encarcelado y me visitaste... (...) Todo lo que hicieron a estos pequeños –pequeños quiere decir pobres– a mí me lo hicieron”.

Por eso Chiara decía: “Nosotras nos ponemos a amar a Jesús en los pobres, porque en ellos estamos seguras de encontrar a Jesús, Él lo dijo: estoy allí, donde hay hambre, donde hay un enfermo, donde hay alguien que llora... ¡yo estoy allí! Si ustedes los consuelan, me consuelan a mí”.

Así, nos lanzamos a amar a los pobres, e íbamos a sus tugurios, que eran casas medio destruidas o hechas de cartón.

Luego íbamos por las calles, donde encontrábamos a los pobres, pero siempre veíamos en ellos a Jesús: encontrábamos a Jesús, aunque estas personas estuvieran quizás sucias, despeinadas, mal vestidas. Era Jesús quien se escondía en ellas...



Entonces Chiara, por ejemplo, se quitaba los guantes y se los daba a quien pedía limosna bajo la nieve... ¡Porque en Trento hacía frío!

Un día, estaba con Angelella. (Angelella era una de las primeras compañeras de Chiara que ahora está en el Paraíso). Fuimos a visitar a una pobre: era invierno, había nieve y hacía mucho frío.

Entramos en una habitación fría, helada, porque no tenía estufa: era una casa muy pobre. Allí había una viejecita que tenía puesta una camisa de hombre: ni siquiera tenía camisón, de lo pobre que era. Estaba despeinada...



Angelella fue hacia esta pobre y la abrazó con todo el corazón. Luego se dirigió a mí y dijo: “¡Es Jesús!”

¡Yo les digo que en el rostro de Angelella casi vi, si se puede decir así, el rostro de Jesús!

Ella había abrazado a Jesús, realmente, y estaba, contenta, radiante, y también la pobre estaba radiante!».